

ganizacion de los gremios y oficios constituyó para los trabajadores una condicion nueva; cada gremio fué á la vez una asociacion religiosa, política y militar; además la clase media y los plebeyos para conseguir y conservar las libertades conquistadas á costa de tantas luchas y de tantos sacrificios perseverantes; y siempre atacadas por la envidiosa rivalidad de la nobleza, se ejercitaron en las armas, y el pueblo organizado en milicias comunales, guardó para el pais y para la defensa del hogar esa sangre que habia corrido tantas veces por una causa que no era la suya. Tales fueron los resultados de esa revolucion comunal que debia dar sus frutos en el porvenir. Seiscientos años mas adelante en la gloriosa revolucion de 89, cuando los últimos restos de la sociedad feudal se desplomaron para siempre, uno de los primeros actos del pueblo que acababa de conquistar sus derechos, fué reconstituir esas municipalidades que habian surgido tan fuertes y poderosas de la legitima insurreccion del siglo XII.

Si comparamos ahora los comunes franceses con los de otros pueblos de Europa, toda la superioridad estará por parte de la Francia. En Italia y en Flandes, las libertades locales, el aislamiento de las ciudades ó de las provincias, son una causa perpetua de revueltas, y agitaciones, y un obstáculo invencible para la unidad. En Inglaterra están ahogados los comunes por la aristocracia, ó mas bien, no hay comunes, sino parroquias. En Francia, por el contrario, la aristocracia desaparece ante la ciudad municipal; las franquicias locales, lejos de ser un obstáculo al afianzamiento del poder central, contribuyen poderosamente á él, y en lugar de debilitarse entre sí en las luchas y rivalidades desgraciadas, las ciudades se asocian y parecen adivinar desde la edad media que la union solo constituye la fuerza. Al lado de la revolucion comunal, y ya anteriormente á esta revolucion, vemos realizarse en otro orden de hechos acontecimientos que van á ayudar como ella á la trasformacion de la antigua sociedad. Hemos nombrado á las cruzadas. No se trata ya esta vez de esas guerras oscuras en que la sangre corre al pie de las torres feudales; no se trata ya para los vasallos de servir por espacio de cuarenta dias bajo la bandera del señor feudal, se trata para toda la cristiandad de conquistar el sepulcro de su Dios, y á esos campos de batalla del Oriente á donde les llama la fé, van los cristianos á buscar la corona del martirio. A la Francia toca tambien representar en ellos un gran papel. Desde el año de 999, el primer francés que se sentó en la silla de San Pedro, Gerberto; lanza el primer grito de guerra y convoca á la iglesia universal á la conquista de la Tierra Santa. La Iglesia no habia respondido aquella vez; pero muy pronto debia llevar la mano á su espada á la voz de un ermitaño, hijo, como Gerberto, de esa Francia que se la ve siempre en la vanguardia de la lucha de las cruzadas. En Francia es donde se reúne el concilio en que el papa enseña al mundo que Dios quiere la guerra; Pedro, ermitaño francés, es el primero que descubre á la Europa el camino del Oriente; el francés San Bernardo, último de los padres, es el que obliga á la Alemania á tomar las armas, predicándole la guerra en una lengua que no comprende; un baron francés es el primero que planta sus banderas sobre los muros de San Juan de Acre, y un baron francés tambien el que coloca el primero en su cabeza la corona de Jerusalem. En esas largas luchas mezcladas de tantos de-

sastres, la mejor parte de gloria pertenece á los caballeros y reyes de Francia, que no encuentran en el extranjero mas que un solo rival en Ricardo, Corazon de Leon, el mas heroico aventurero de Inglaterra.

En esos siglos XI y XII, tan llenos de guerras atrevidas y de grandes acontecimientos, se presenta la Francia en todos los horizontes. Algunos caballeros normandos, fieles á las tradiciones de su raza y al instinto de las correrias aventureras, pasan á Italia como mercenarios del imperio griego (1050), y pronto estos mercenarios que han vencido al papa en Civitella, y que han pedido de rodillas la absolucion de su victoria, se apoderan de la Pulla, de la Calabria y de la Sicilia. Esa conquista, en que los vencederos se distinguieron por hazañas verdaderamente fabulosas, fué á la vez un gran hecho religioso y un gran hecho político. Los normandos aseguraron en la Italia y en la Sicilia, en la herencia misma de San Pedro, el triunfo de las poblaciones cristianas sobre las poblaciones musulmanas, al mismo tiempo que aseguraban el triunfo del papado sobre los sucesores del emperador Enrique IV. Una conquista no menos importante se habia verificado hácia la misma época sobre otro punto de Europa, y esta vez tambien por los normandos, la conquista de Inglaterra. Vióse á una provincia someter á todo un reino en una sola batalla, é imponerle en menos de un siglo su organizacion feudal, sus leyes y su lengua.

En fin, vemos tambien á la Francia tomar una parte gloriosa en las luchas de España contra las poblaciones musulmanas; á fines del siglo XI representan á la Francia cerca de los hijos de Pelayo, Enrique de Borgoña, descendiente de Roberto el Fuerte, que casa con la hija segunda del rey de Castilla, y recibe en dote la provincia de Oporto, que ha conquistado á los moros, y Raimundo de Borgoña, cuyos descendientes reinaron en Castilla hasta 1474. De este modo, Castilla, Aragon, Sicilia, Jerusalem é Inglaterra vieron en el espacio de dos siglos ocupar sus tronos las dinastias francesas. Pero la Francia no solo era poderosa y fuerte por la guerra. Los mas grandes escritores religiosos de aquella época, Hugo y Ricardo de San Victor, Guiberto de Nogent. Ivo de Chartres. Hildeberto de Mans y San Bernardo, que hace presentir á Bossuet, son tambien hijos suyos y reinan por el pensatimiento y por la fé, como los barones por su espada. Todas las grandes cuestiones de la época se agitan en sus claustros; los teólogos se refugian para morir en la abadía de San Victor de Paris; la juventud inteligente de Europa acude á la calle del Fouare, y se tiende sobre la paja de sus escuelas para escuchar á Abelardo. El pensamiento se emancipa al mismo tiempo que el comun, y la Francia es la que primero proclama la libertad de exámen, el derecho de someter á la consagracion de la razon las afirmaciones del dogma. En ese gran desarrollo místico del siglo XII, que será, por decirlo asi, el punto de parada del catolicismo, la iglesia galicana es la que sin contradiccion representa el papel mas glorioso. En el momento en que Santo Domingo, bendecido por el papa, enciende las hogueras de la Inquisicion, la iglesia galicana, que ha conservado las tradiciones evangélicas, deja caer por la voz de San Bernardo estas palabras dignas de los primeros dias: *fides suadenda, non imponenda*, y por la voz de ese mismo santo proclama su supremacia religiosa en estas palabras que el abate de Clairvaux dirige al padre santo: *yo soy mas que vos*.

Una literatura rica y variada, y á la cual solo falta el conocimiento de la medida, se desarrolla rápidamente; la lengua, libre de sus trabas latinas, tartamudea la mayor parte de las palabras, que han de ser el órgano de su edad adulta; la historia nacional se eleva en el drama de la narración por medio de Joinville y Villehardouin hasta la altura de la historia antigua. Los poetas sobre las cumbres de su doble parnaso, beben en la doble fuente de lo ideal y de lo verdadero, del entusiasmo y de la pasión, del escepticismo y de la ironía. Al Mediodía, en la poesía de los trovadores brotan todas las flores de una cultura refinada, todos los *concetti* del amor y todas las dulzuras de la galantería. En el Norte es el sentimiento triste y desdenoso de la vida, la cólera, la sátira, y en fin, esa vena burlona que terminará en las novelas de Voltaire, pasando por Rabelais y los cuentos de la Fontaine.

La monarquía, en ese período en que se desarrolla una actividad tan prodigiosa, había proseguido su obra; Luis el Gordo, heredero de un reino cuya existencia apenas equivalía á cuatro de los actuales departamentos de Francia, dotado de cualidades morales muy distinguidas, había llevado á cabo importantes conquistas territoriales por medio de una serie de guerras poco graves en la apariencia, y cuando murió dejó á su heredero bastante poderoso para desafiar á la alianza de los anglo-normandos y de la Alemania. No había todavía unidad política; los habitantes de las diversas provincias designados con sus nombres provinciales, no eran mas que los angevinos, champeneses y picardos, y sin embargo, fermentaba en estos pequeños estados la idea de una gran nación, de una nación francesa. Felipe Augusto afianzó y continuó la obra de Luis el Gordo; dió á los barones el gobierno real por centro; emancipó á la monarquía del poder eclesiástico, porque sabido es que en su reinado, y merced á la resistencia que opuso al clero nacional y al papado, fué cuando se verificó la separación del poder espiritual y del poder temporal. Además, por medio de decretos generales, regularizó diferentes pormenores de la legislación política y de policía, y de esta suerte comenzó á centralizar en las manos del monarca ese poder legislativo que hasta entonces había hallado diseminado en los gobiernos locales.

Felipe Augusto prestó la misma atención y puso el mismo cuidado en organizar la fuerza militar del reino. Al mismo tiempo que velaba por el establecimiento de una justicia regular en sus dominios, reparaba los fortificaciones de las ciudades, levantaba otras nuevas y ejercitaba en las armas á las milicias comunales, y cuando el emperador Othon y Ferrando, conde de Flandes, encontraron al rey de Francia en Bovines, la causa nacional fué defendida con igual valor por todas las clases de la población, y la infantería de los gremios de oficios dió, acaso por primera vez, en aquella jornada memorable el ejemplo de la disciplina y de la virtud militar. Allí fué donde recibió su bautismo.

Legislador, guerrero, pero sobre todo cristiano, San Luis, que formaba en sus creencias morales la primera regla de su conducta, se ocupó al subir al trono en legitimar desde luego el poder real. Mantener la paz entre todos sus súbditos, plebeyos, nobles, grandes feudatarios; adquirir nuevas porciones de territorio, pero por medios legales y evitando

siempre la violencia y el fraude; fortificar la justicia real, afianzar y mantener la independencia y los privilegios de la corona ó de la iglesia nacional en sus relaciones con el papado, tal fué el objeto que se propuso San Luis, y que en algunos puntos tuvo la gloria de alcanzar. La dominación de toda la Francia, á escepcion de Flandes y de Gascuña, perteneció desde entonces á los Capetos; fundóse la unidad de la nación francesa, quedando ya para siempre asegurada, y la Francia fué indudablemente el estado mas poderoso y mas sabiamente administrado de toda la Europa.

En el reinado de Felipe III, la casa de Francia adquiere por medio de alianzas la Champaña y la Navarra; por sus relaciones amistosas con el papado y por las conquistas de Carlos de Anjou, domina en Italia, al mismo tiempo que codicia el trono de Aragon para un nieto de Luis IX. Felipe IV aumenta mucho mas la preponderancia francesa en Europa, y se cree con bastante poder para pensar en sentar á su hermano sobre el trono imperial, pretension que debía de renovar uno de sus sucesores, Carlos IV; pero como el fraude y la violencia llevan siempre su merecido, Felipe, el príncipe mas hábil y mas malo de su siglo, no trasmite á su sucesor mas que un reino débil y arruinado. Los legistas habían reemplazado en los concilios de la corona á los barones y á los prelados; estos legistas mostraron una deplorable docilidad á servir al rey en sus violencias y exacciones, y sin embargo, aun asi fueron útiles á la causa del pais y á los intereses del pueblo. Permittedse á los plebeyos y á la clase media la adquisición de los bienes de los nobles, y los diputados de las ciudades tuvieron entrada en las asambleas nacionales, donde hasta entonces solo habían sido admitidos los prelados y los barones.

En el siglo XIV, la monarquía francesa sigue siendo la primera de las monarquías europeas, y Dante espresa claramente la envidia que inspiraba á la Europa esta superioridad, con estas palabras que pone en boca de Hugo Capeto: «Yo soy la raiz de esa planta venenosa que cubre ya con su sombra á toda la cristiandad.» Pero los días de lucha y de prueba se acercaban para los herederos de Hugo. Los únicos enemigos del poder francés, los flamencos, vencidos en una agresión injusta, se echaron en brazos de la Inglaterra. Artevelt aconsejó á Eduardo III que reclamase la corona de Francia, como nieto de Felipe el Hermoso, por su madre, y comenzó la guerra de sucesión; pero en esta guerra, y aun en medio de las mas tristes derrotas parecen revelarse todavía los destinos provinciales de la Francia. Esta es vencida en Crecy, y Felipe pierde su nobleza; pero el vencedor vacila en su triunfo, que no detiene su retirada, y á pesar de la gloria de una gran jornada, el resultado es que no ha ganado mas que una ciudad. En Poitiers, pierde la Francia su rey, y las resistencias locales la salvan todavía de las consecuencias fatales de aquel desastre. Juan muere en Inglaterra sin haber podido pagar los últimos plazos de su rescate (1364); pero era tal la constitucion de la monarquía, que cuando caian las mas hermosas provincias en poder de los ingleses, se hallaban definitivamente reunidos á la corona Lyon, Montpellier y el Delfinado.

Estraño á las costumbres guerreras y estenuado siendo todavía jóven, segun se asegura, por el veneno que le habia dado á beber Carlos el Malo, rey de Navarra, Carlos V reparó sin salir del Louvre las desgracias de Crecy y de Poitiers. El mismo dia de su

consagracion le dió Du Guesclin por via de regalo los trofeos de la victoria de Cocherel, y en 1368, las ciudades que la dominacion inglesa habia madurado para la rebelion, se sublevaron á la vez y rechazaron al enemigo. A pesar de los embarazos de la guerra, la administracion habia sido perfeccionada y organizada la hacienda; la industria habia tomado incremento, y cuando murió Cárlos V, dejó un tesoro considerable oculto y sellado en las paredes de uno de los palacios; pero sus herederos gastaron en locas suntuosidades aquel oro que habia destinado para la salvacion de su pueblo. *Males innumerables*, como dicen las crónicas, llovieron sobre la Francia en el reinado siguiente: la locura del rey y la faccion de los Armañacs entregaron el Estado á desórdenes inauditos, y puede decirse que cuando Cárlos VII subió al trono, no habia ya reino. Parecia que faltaban hombres á la defensa del pais; una muger ofreció su brazo, y el pais se salvó.

En medio de tantas luchas, de tantos crímenes y dolores, la civilizacion parece detenerse un instante. Agotada la escolástica no sabe ya mas que emplear vanas palabras. Empero ya comienzan á apuntar los primeros albores del renacimiento, y en ese letargo de la cultura intelectual, si hemos de creer á algunos escritores europeos, á la Francia pertenece tambien el mas hermoso libro que ha producido el cristianismo despues del Evangelio, la *Imitacion*.

A fines del reinado de Cárlos VI, habia caído la Francia en el último grado de la miseria; no habia ya leyes, ni comercio, ni agricultura. En esta anarquía universal todos los hombres amigos de su pais, volvieron los ojos á la monarquía y la suplicaron que salvase al pais, prometiéndole su cooperacion y su apoyo. Cárlos VII, no faltó á esta elevada mision, pues comprimió el espíritu de traicion y rebeldía, castigó severamente el salteamiento y el robo que desolaban á sus estados, y dejó á su sucesor Luis XI, un cetro que habia reconquistado el poder. El nuevo rey se aplicó á desbaratar los proyectos de los grandes que querian dividir la Francia con los ingleses. Formóse contra él una liga universal, la del bien público, y triunfó de ella conciliándose el apoyo de las ciudades y lisongeando á los plebeyos y á la clase media con la concesion de importantes privilegios, y si en las largas luchas que sostuvo contra rivales poderosos, manchó su causa con crímenes inhumanos, es justo reconocer que su política impasible y fria desbarató hábilmente los proyectos de sus enemigos y aseguró la paz en lo interior del reino, al mismo tiempo que hacia dar fuera pasos agigantados al poder nacional. Por el tratado de Arras aumentó el territorio con el ducado de Borgoña, con las ciudades del Somme, del Franco-Condado y del Artois, y en cambio de los socorros que dió al rey de Aragon, obtuvo el Rosellon y la Cerdeña. Mostróse Luis XI tan hábil administrador como profundo político; sometió los gremios de oficios á reglamentos uniformes, fundó los parlamentos, y entre otras innovaciones notables, estableció la inamovilidad de los jueces.

La impresión y la fogosidad de Cárlos VIII debian comprometer aquella fuerza y seguridad que Luis XI habia dado al reino á costa de tanta perseverancia y habilidad y aun de tantos crímenes. La Francia entonces era tan poderosa, que su jóven rey se creyó llamado á conquistar el imperio del mundo. Olvidando aquella sabia máxima de su padre, de que vale

mas un pueblo en la frontera, que un reino allende los montes, marcha sobre Constantinopla, prometiéndose de paso someter la Italia á sus armas; pero sus expediciones militares que le dieron en Fornoue la gloria de un triunfo brillante, quedaron sin resultados políticos.

Luis XII, del mismo modo que habia hecho Cárlos VIII, fijó sus miras en Italia. Despues de largas alternativas de desastres y victorias, fué obligado á renunciar á sus proyectos de conquista; pero sus expediciones no eran estériles, puesto que en aquella gran guerra se formaban los generales; y los franceses, que los italianos designabantodavía con el nombre de bárbaros, se iniciaron en la civilizacion romana. Debilitada, pero no postrada por los últimos reveses del reinado de Luis XII, la Francia, cuyo soberano habia estado á punto de ceñirse la corona imperial, iba á seguir tambien esta vez por los desfiladeros de los Alpes á aquel rey que por su aficion á las aventuras fué llamado con justo título el último de los caballeros. La batalla de Marignan, gloriosa y difícilmente ganada á los suizos, valió á la Francia por el tratado de Friburgo la alianza de aquel pueblo valiente y fiel; pero aquel primer triunfo fué cruelmente rescatado por la derrota de Pavía, que dejaba la Francia á descubierto, y sin embargo, por uno de esos azares, por una de esas faltas tan frecuentes en la historia de los desastres de la Francia, y que parecen verdaderamente providenciales, se detuvo Cárlos V en su victoria, y no se atrevió á atacar las fronteras francesas. Debilitábase con sus mismos triunfos, al par que la Francia hallaba siempre en sí misma nuevos recursos para reparar sus derrotas. Dos poderosos ejércitos de invasion, dirigido el uno contra la Provenza y el otro contra la Picardía fueron casi destruidos completamente, pudiendo decirse que jamás el orgullo de Cárlos V sufrió una decepcion mas terrible. Desde 1541 á 1545 continuó vivamente la guerra, y los dos rivales iban á disputarse en la quinta campaña la preponderancia europea, cuando murió Francisco I en el momento mismo en que esperaba sublevar contra su rival la mayor parte de Europa; pero habia llenado su mision y preparado de antemano los obstáculos contra los que debia estrellarse la ambicion de Cárlos V.

Háse reprendido á Francisco I sus profusiones que agotaron los recursos rentísticos del Estado. Esta reconvencon es fundada; pero es preciso reconocer que estas mismas profusiones, en las que tuvieron una gran parte los sabios y los artistas, ayudaron poderosamente á los progresos de las artes, de las ciencias y de la civilizacion. En ese siglo XVI en que el orgullo feudal ostenta todavía su blason, es curioso ver á un monarca absoluto, dueño de la mas hermosa corona del mundo, que trata de aumentar la grandeza de su monarquía política con el apoyo fraternal que presta á la soberanía de la ciencia, de las letras y de las artes. Como Cárlo-Magno, Francisco I hace converger hácia la Francia todas las luces de los tiempos nuevos; funda la imprenta real á fin de hacer posibles en Francia todos los trabajos y todos los estudios; instituye el Colegio de Francia para secularizar la enseñanza y hacerla salir de las añejas rutinas de la escuela; en fin, la Francia en la política del siglo XVI marcha en la primera fila de los estados europeos, y la Italia sola la vence por sus triunfos en las artes y las letras. Empero, ya surgen algunos nombres que se colocarán pronto al lado de los mas ilustres; á la Francia pertenece tambien el escritor que reúne con mas poder y originalidad

aquella gran época del renacimiento en que se mezclan y confunden la tradición de la edad media y el espíritu de los tiempos modernos. En esos días nuevos que comenzaban para la Francia, en ese renacimiento intelectual representó Francisco I el papel de Pericles, de Augusto y de Leon X; si bien tuvo una gloria que no alcanzaron estos ilustres patronos de la cultura literaria, la gloria de luchar contra la barbarie.

Las victorias de Carlos V sobre los protestantes de Alemania parecían deber darle los medios de destruir la independencia de Europa; también esta vez detuvo la Francia en sus últimos triunfos los arranques de aquella ambición que aspiraba á la supremacía universal. La defensa de Metz, hecha por el duque de Guisa contra un ejército de 100,000 hombres mandados por el mismo Carlos V, fué el golpe mas decisivo del reinado de aquel gran príncipe, y al año siguiente abdicó con el dolor de ver derribada su fortuna por la intervención de la Francia, y como dice Mr. Michelet, los funerales que se preparó en vida no eran mas que una imagen demasiado débil de aquella gloria eclipsada á la cual sobrevivía.

A los embarazos de la guerra extranjera debían unirse los horrores de la guerra civil provocada por las disensiones religiosas; vejaciones y males de toda clase pesaron sobre el pueblo durante aquellas luchas en que el Evangelio era invocado sin cesar por los partidos implacables que paseaban por todo el reino el hierro y el fuego; pero hasta en los mayores excesos los reformadores franceses, como observa un sabio historiador, se mostraron todavía superiores al resto de Europa: «Un carácter distingue á la reforma en Francia; ha sido mas sabia, ó por lo menos tanto, pero desde luego mas moderada y razonable que en las demas partes del mundo. La principal lucha de erudición y de doctrina ha sido sostenida por la reforma francesa; en Francia y en Holanda, pero siempre en francés, se han escrito esa multitud de obras filosóficas, históricas y polémicas en defensa y apoyo de aquella causa. De seguro no emplearon la Alemania ni la Inglaterra en aquella época mas talento y ciencia, y al mismo tiempo la reforma francesa permaneció estraña á los estravíos de los anabaptistas alemanes y de los sectarios ingleses; rara vez careció de prudencia práctica, y sin embargo, no se puede dudar de la energía y de la sinceridad de sus creencias, porque resistió por largo tiempo á los mas rudos combates.» En cuanto á la reforma alemana, fué útil á la Francia por cuanto provocó la humillación del emperador; en la misma Francia y en el partido católico sirvieron los excesos al país, y el resultado de la horrible matanza de San Bartolomé fué crear el partido de los políticos que predicaron al fin la moderación y la tolerancia en medio de tantos furores y excesos, y que trataron de fundar la paz sobre la libertad de los cultos, y esta libertad sobre el poder real.

Conquistada á costa de tantos esfuerzos la unidad francesa, había sido seriamente amenazada por la liga. Enrique IV llegó oportunamente para levantar al país de entre las ruinas amontonadas en el trascurso de tantos años y durante tan largas guerras. Salvó á la Francia de los desórdenes interiores; volvió contra España el ardor militar de la nación, y en el año de 1598 obligó á Felipe II á desistir de sus pretensiones. Al mismo tiempo que aseguraba la tranquilidad dentro y fuera de Francia, concedía á los protestantes la tolerancia religiosa y garantías políticas. Despues de ha-

ber vivido veinte y ocho años entregado á las aventuras del soldado, se sintió Enrique IV con bastante actividad ó inteligencia, y con bastante amor al bien público para dedicarse en la vida tranquila del gabinete al trabajo árido de una reforma administrativa y rentística; puso todo su cuidado en regularizar y en hacer florecer aquel reino que había conquistado: el orden en la hacienda sucedió al mas escandaloso despilfarro. En menos de quince años disminuyó Enrique el pesado impuesto de las tallas en 4.000,000; redujo todos los derechos á la mitad, y todavía halló medio de pagar 100.000,000 de deudas. Reparáronse todas las plazas, llenáronse todos los almacenes y arsenales, se compusieron los caminos y se reformó la justicia. La Francia había llegado á ser el árbitro de Europa. Gracias á su mediación poderosa se habían reconciliado el papa y Venecia (1607), la España y las Provincias Unidas habían interrumpido su larga lucha; Enrique IV iba á humillar á la casa de Austria, y si hemos de creer á su ministro, pretendía fundar una paz perpétua y poner á la Francia á la cabeza de una gran confederación europea. Un puñal asesino rompió tan vastos y generosos proyectos.

La política fuerte y nacional de Enrique IV fué abandonada durante la minoría de Luis XIII y reemplazada por la intriga y la política italiana. Fuertes los protestantes con la debilidad del rey, del favorito y de los ministros, levantaban la cabeza, y la Francia, atormentada por mezquinas ambiciones que ape-laban constantemente á la guerra para satisfacer intereses privados, sintió la necesidad al fin de ver al frente de los negocios á un ministro enérgico: este ministro fué Richelieu. El advenimiento de Richelieu al poder cambió de repente, en una época de renacimiento y de poder, un reinado que parecia no prometer al país mas que una triste decadencia. «El rey, decia Richelieu en su primer despacho, ha cambiado de consejo y el ministro de máxima;» y en poco tiempo también habían cambiado de faz los negocios. Damar á los protestantes, no como disidentes religiosos, sino como instrumentos de revueltas políticas; neutralizar á la Inglaterra, única aliada de aquellos; debilitar á la casa de Austria; hacer entrar en la via del deber á los grandes, que se conducían, segun decia el mismo Richelieu, como si no hubiesen sido súbditos del rey, y á los gobernadores de las provincias, que parecían soberanos en sus destinos, tal fué el objeto que se propuso llevar á cabo, á pesar de todos los obstaculos, el cardenal-ministro, y como él mismo decia: «No me atrevo á emprender nada sin haberlo meditado mucho; pero si una vez tomo una resolución, voy derecho á mi objeto, corto, tajo y lo derribo todo, y todo lo cubro con mi sotana encarnada.» La Francia fué pacificada en lo interior y humillado el orgullo de los grandes; con respecto al extranjero, subió pronto al primer rango, rango eminente que conservó en el reinado de Luis XIV.

Inauguraron este reinado las victorias, y estas victorias no interrumpidas en el espacio de cinco años tuvieron por feliz remate el tratado de Westfalia, que dió la Alsacia á la Francia. Háse exaltado muchas veces, y con razon, ese siglo de Luis XIV, pues fué tan grande en la historia de la Francia, que para comprender toda su grandeza basta recordar los nombres que le han ilustrado; en el gobierno, en la guerra y en las letras aparece en primer término Luis XIV, y como dice Mr. Michelet, «cuando el monarca decia: el

Estado soy yo, no habia en estas palabras jactancia ni vanagloria, sino la simple enunciaci6n de un hecho. Luis era muy á propósito para representar ese papel magnífico. La fria y solemne figura dominó por cincuenta años á la Francia con la misma magestad. En los treinta primeros años pasaba ocho horas al dia en el consejo, conciliando los negocios con los placeres, escuchando, consultando, pero juzgando él mismo; sus ministros cambiaban y morian, él, siempre el mismo, cumplia con los deberes, con las ceremonias y las fiestas de la monarquía, con la regularidad del sol que habia escogido por emblema. En la guerra, Condé es el que destruye en Rocroy y en Lens aquella terrible infantería de España, cuyos batallones cerrados parecian torres; Turena es el que crece en audacia al mismo tiempo que envejece, como observó muy bien Napoleon; allí están tambien Luxembourg, Catinat, Villars, Vauban, que crea la ciencia de las fortalezas; Duguay-Trouin, que bate á Ruyter; Tourville y Juan Bart: en sus victorias, la Francia tiene casi en todas partes la inferioridad numérica; cuando los reveses llegan, está sola contra todos; cada legua que anda el enemigo victorioso es comprada con torrentes de sangre: testigo esa terrible carnicería de Malplaquet, en que los soldados, que no habian comido hacia veinticuatro horas, arrojaron su pan para correr al combate. En la administraci6n pueden citarse los nombres de Colbert, Louvois y Torcy; en la magistratura: Molé y Lamoignon, Tal6n y d'Aguesseau; en las artes: Perrault, Maussart, Paquet, Mignart, Girardon, le Sueur, le Brun, le Notre, Callot y Nanteuil; en la erudici6n: Seumaise, Ménage, Du Cange, Mabillon, Baluze, Ruinard, Tillemont y toda la escuela de Port-Royal; en la poesía y el arte dramático: Corneille, Racine, Moliere, Regnard y la Fontaine; en la prosa: Descartes, Malebranche, Pascal, La Bruyere, Bossuet, Sévigné, Saint-Simon, Lesage y Fontenelle. Jamás, aun en los siglos mas ilustrados, se habia agrupado alrededor de un mismo rey tal reuni6n de hombres eminentes. Cuando murió Luis XIV dejaba á la Francia agotada, anonadado su comercio y destruida su marina, y 3,000.000.000 de deuda; pero dejaba tambien provincias importantes nuevamente adquiridas, el recuerdo de una lucha heroica sostenida contra toda la Europa, sin que el reino hubiese sido mermado en lo mas mínimo, el canal del Mediódia, monumentos dignos de la grandeza romana, reyes de su familia en el trono de España, la reforma de las leyes, los progresos inauditos de la industria, de la administraci6n y de la civilizaci6n general, y los monumentos eternos del pensamiento de los grandes hombres que habian vivido á la sombra de su monarquía, estimulados y protegidos por ella.

»Entre Luis el Grande y Napoleon, dice un historiador elocuente, entre los siglos XVIII y XIX, descendió la Francia por una pendiente rápida, en cuyo término chocándose la vieja monarquía con el pueblo se rompió y dejó paso al orden nuevo que todavía prevalece. La unidad del siglo XVIII, está en la preparaci6n de este gran acontecimiento: en primer lugar la guerra literaria y la guerra religiosa y despues la grande y sangrienta batalla de la libertad política (1).» En el reinado de Luis XIV la Francia parecia marchar rápidamente hácia su próxima disoluci6n, el

desórden en la hacienda, la bancarota; la batalla de Rosbach, pérdida sin combate, la pérdida de las colonias, todo parecia anunciar que el país tocaba esa hora fatal en que suena la muerte de las naciones. No era, sin embargo, la muerte, sino un despertamiento glorioso el que debia salir de aquel caos, y en el momento mismo en que la Francia parecia completamente olvidada de lo pasado é indiferente para el porvenir, en el momento mismo en que rompía su espada, ejercía aun sobre todas las naciones civilizadas la dominaci6n intelectual, que es la mas soberana de las dominaciones. La lengua francesa se hizo la lengua universal, la lengua de los reyes y de los pensadores. Reinó en la corte de Federico, como ya habia reinado en la corte de Cristiana. Las ideas y las invenciones de los demas pueblos, antes de ser aceptadas, debian en cierto modo recibir sus cartas de naturalizaci6n. La influencia de la literatura francesa y el conocimiento que de su lengua tenian todos los hombres instruidos de Europa permitieron á las opiniones nuevas circular con rapidez increíble. «A fines del siglo se habia formado un partido numeroso en todos los países de Europa en favor de la filosofía francesa, y así como la revoluci6n de aquel país es la única que ha tenido por bandera principios abstractos y generales, es tambien la única que se ha esparcido directamente en los demas pueblos por via de propaganda con el mismo carácter de abstracci6n y de generalidad.»

En el reinado de Luis XV, el drama del siglo marchó pronto á su desenlace. Los escritores trabajaban en nivelar el suelo y en minar el antiguo edificio social. Rousseau profetizaba la revoluci6n, y la misma monarquía, al abolir la instituci6n de los jesuitas y el parlamento, derribaba las últimas ruinas de la edad media. En vano ensayó Luis XVI algunas reformas. La emancipaci6n de los últimos siervos del dominio, la abolicion del tormento y el apoyo que prestó á los americanos para conquistar la independencia, no retardaron ni un instante la hora suprema de la vieja sociedad: la monarquía absoluta habia cumplido su tiempo y se abismó en ese naufragio donde fueron sepultadas las tradiciones de un pasado, sin duda frecuentemente glorioso, pero que no estaba ya en relacion con las ideas y las necesidades de la época. En 1787 se reunió una asamblea de notables, pero no hizo nada de provecho, porque no se trataba ya de mejorar la hacienda, sino de cambiar la constituci6n misma del Estado; la revoluci6n estaba en todos los ánimos, y como ha dicho un escritor eminente, cuando los Estados generales se reunieron no hicieron mas que decretar una revoluci6n mal hecha.

Aquí comienza para la Francia el mas heroico, sangriento y glorioso de todos los dramas á que han asistido los pueblos modernos. La revoluci6n de 1789, no se encierra como la revoluci6n inglesa en las fronteras del país, ni pasa como ella dejando en pie una aristocracia insolente y opresiva, y un clero ávido que persigue en nombre del diezmo. Verdad es que en un momento de obcecaci6n fatal, derribaba los altares del catolicismo, pero á lo menos consagra una de las leyes mas santas del Evangelio: la ley de la igualdad: si se muestra inexorable para castigar, es porque trata para ella de la vida ó de la muerte, y porque queriendo reproducir la forma de los gobiernos de la antigüedad, recordando el heroismo y las virtudes patrióticas, adopta por imperiosa necesidad, la máxima política que habia constituido su fuerza: la

(1) Michelet: *Compendio de la historia de Francia*, capitulo 23.

salvacion del pueblo es la ley suprema. Jamás se han realizado mas grandes empresas con una continuidad y constancia semejantes. El 17 de julio de 1789 proclamó el tercer estado su advenimiento al gobierno del país, y dos meses despues, en la noche para siempre memorable del 4 de agosto, queda constituida la sociedad moderna, proclamándose para todos la igualdad delante de la ley, la libertad de la imprenta y la libertad de conciencia; se fija la eleccion como principio de gobierno; quedan separados el poder ejecutivo, el legislativo y el judicial; se organiza la instruccion publica y se emancipa la industria del yugo á que estaba sometida. Empero esto era poco destruir; se necesitaba organizar y defenderse á la vez; el tratado de Pilnitz, firmado entre la Prusia, la Alemania y un príncipe francés, amenazaba al país con una invasion terrible. El extranjero dió orden á la Asamblea legislativa para que se disolviese; pero ella respondió con el juramento de vivir libre ó morir, y cumplió su juramento. Cuando proclamó esta fórmula solemne: «Ciudadanos, la patria está en peligro.» La Francia se levantó como un solo hombre, y el duque de Brunswick, al presentarse para hollar, como él decia, á París de la superficie de la tierra, halló á la Francia armada que respondió á las amenazas con la victoria de Valmy y con estas palabras de Danton, que fueron la señal del terror: «Para desconcertar á los agitadores é intimidar al enemigo, es preciso intimidar á los realistas.» Desde aquel momento rompió sus diques el torrente revolucionario. La monarquía se habia mostrado hostil á la revolucion, y sufrió tristemente la pena de aquella hostilidad. Al condenar la Convencion á Luis XVI, habia quemado sus bageles; era preciso marchar adelante; la Europa entera estaba armada contra ella, y tuvo que defenderse á la vez contra los extranjeros y los enemigos interiores; pero al fin hizo frente á todos los peligros.

Estraño, inaudito fué el espectáculo que presentó entonces la Francia, y cuando se piensa en los horrores que se cometian frecuentemente sin motivo, en los excesos que parecian preparados para hacer odiosa una revolucion que los amigos del país querian fuese grande y fuerte, y sobre todo pura, no puede uno menos de preguntarse si es preciso atribuir á la influencia del extranjero y á las maquinaciones, cuyo misterio ignoramos todavia, la mayor parte de los crímenes que afligieron á la Francia en aquella grande época; mas sea de esto lo que quiera es consolador saber que aquellos crímenes fueron obra de algunos hombres, y que la nacion entera rechazó con horror su responsabilidad.

Despues de una legislatura de tres años, el 26 de octubre de 1793 legó la Convencion el poder legislativo al consejo de los Ancianos y al de los Quinientos, y el poder ejecutivo al Directorio. Sin embargo, tantos desórdenes y luchas habian agotado los esfuerzos de la Francia: el Directorio recogia en aquella herencia 300.000.000 de asignados sin valor, odios implacables entre los partidos, la guerra civil y la guerra estrangera; las arcas estaban vacías, faltaban las subsistencias; el comercio y la industria estaban como anonadados, y aterrados los departamentos del Mediodia con los asesinatos de la reaccion realista; pero en esa lucha de tres años habian aparecido grandes generales: Bonaparte, Moreau, Jourdan, Hoche y Carnot, habian organizado la victoria; restableciase la calma en lo interior y en lo exterior; pero quedaban

todavía en lo interior muchos elementos de discordia para impedir á la Francia que fuese tan feliz como era fuerte y gloriosa. Cansada al fin de su libertad borrascosa, y de la debilidad del gobierno directorial, la Francia aceptó en Bonaparte, no ya un soberano, sino un liberrador, y cuando el tratado de Luneville y la paz de Amiens dieron algun reposo á la Europa, sirvió este reposo de una manera admirable á los progresos de la industria, de las artes y de las ciencias, y el Código civil donde se consagran las conquistas mas preciosas de la revolucion, llega á ser el modelo de la legislacion de Europa.

El orden estaba al fin restablecido; pero Bonaparte, al volver vencedor del Egipto y de la Italia, aspiraba á *descender*. Quería fundar una monarquía nueva; hizo desviar á la revolucion, falseando sus principios y consecuencias, y retrocediendo de este modo á lo pasado puso el pie sobre el abismo.

*Tomó el altar de la victoria
Por el altar de la libertad.*

Pero la victoria es muchas veces madrastra, y despues de inmortales triunfos, despues de haber renovado en los tiempos modernos los prodigios del genio de Alejandro y de Anibal, Napoleon va á morir á la roca de Santa Elena, como si la Providencia, al hacerle espiar tanta gloria, hubiera querido enseñar al mundo que el despotismo militar, lo mismo que una monarquía absoluta, no puede echar raices en esa Francia que quiere ante todas cosas, como se ha dicho con razon, el reinado de la probidad política y de la libertad. Fero cuando Napoleon murió, cuando el águila se voló á los cielos, llevándose los eslabones rotos de la cadena del mundo, el poeta mas ilustre del siglo XIX, el hijo glorioso de la Gran Bretaña, Byron, pudo esclamar: «No hay ya hombre grande en la raza de los seres.» Invadida dos veces la Francia, encerrada por toda la Europa dentro de las fronteras de la vieja monarquía, no ha decaído, sin embargo, de su rango supremo. La influencia contagiosa de sus ideas y el poder de su nombre se revelan todavia como en los dias de sus mejores triunfos; las afrentas de la restauracion y las infamias del régimen que acaba de hundirse, asi como los excesos de 1793, son obra de algunos hombres y de un partido; pero en todo de cuanto se ha hecho de grande y generoso en el espacio de cincuenta años, ha intervenido siempre el pueblo francés con su brazo y sus votos, y los nobles instintos jamás han estado en minoría. La Francia es la que ha destruido bajo sus balas ese nido de piratas que no habia podido derribar Carlos V y la Inglaterra. Hacia Francia se han vuelto siempre todos los pueblos que han tratado de conquistar su independencia: ella ha sido siempre la providencia que han invocado los pueblos en sus luchas con el despotismo. Nueva Encélado, le ha bastado moverse para agitar á toda la Europa hasta en sus cimientos, y hacer caer hecho ruinas ese edificio de la Santa Alianza construido con tanto trabajo y tan aparente solidez, donde los reyes creian poder conservar eternamente cautivas las nacionalidades violentamente comprimidas.

Una vez considerada la Francia históricamente, bueno será decir algo acerca de su literatura.

Las grandes revoluciones políticas que durante veinte siglos han ido renovando las creencias, las le-